



EL ECO DE CARTAGENA

ANO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11777

REGLAS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraño.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 9 DE FEBRERO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini 61; y J. Jonas, Faubourg-Montmartre, 31.

ELOGIOS MERECIDOS

Hoy se ha constituido en el salón de actos del Ayuntamiento la sección segunda de la Audiencia de Murcia, para ver con el jurado, y fallar una causa por delito de homicidio, que es, en la relación de las apuntadas para este cuatriestre, la que ocupa el último lugar. Con la vista de esa causa posterior, dá la Audiencia por terminados sus trabajos en esta población y nos consta que queda satisfecha del modo de funcionar este jurado.

Este queda satisfecho también y el público que ha asistido a las vistas se siente complacido y orgulloso de contar entre sus vecinos jueces populares tan rectos, como los que estos últimos días se han hecho acreedores al aplauso de todos.

Si lo que se ha querido hacer con el jurado cartagenero es una prueba, ha resultado satisfactoria. Ni una sola vez ha merecido la censura de los jueces de derecho ni las de los espectadores; al contrario, aquéllos y éstos han tenido elogios para los jueces populares, tanto más valiosos cuanto que son muy justos.

Esto hace esmarcar que la venida de la sección segunda, á la cual incumbe la vista de los procesos del Juzgado de esta ciudad, no será una excepción: tendrá repetición siempre que haya motivos para venir, es decir siempre que al hacer un alarde de causas, haya entre ellas algunas en la que tenga que tomar parte el jurado de esta población.

Los méritos que tiene contraídos le hacen acreedor á la estimación pública, que lo señala como modelo en el que deben inspirarse cuantos vengán a sustituirlos de aquí en adelante en esos asuntos de administrar justicia, que si resultan

en alguna ocasión carga enojosa, enalteren y dan ejecutoria de hombres de bien, de buenos ciudadanos y de amantes de la justicia.

El jurado de Cartagena ha escrito una página hermosísima; él ha dicho con su actitud gallarda, mostrando insensible a las influencias mal sanas, —si es que por acaso las ha habido para desviarlo del camino recto— que la democrática institución no es merecedora de las censuras que sobre ella llueven; y ha probado, además, que el jurado es bueno cuando funciona bien.

Si no funciona así, reformese; límbese la facultad de recusar; límbense condiciones para ser jurado ó hagase cualquiera otra cosa encaminada al mismo fin.

Lo que no debe hacerse nunca es suprimir la institución.

ENTRE NOSOTRAS

LA LECTURA EN EL HOGAR

Indudablemente el periódico y el libro, son los principales agentes de la moderna civilización. Ellos encierran las corrientes por donde se dirige el espíritu público, defienden las ideas nuevas, y nos familiarizan con los variados sucesos que acaecen en el curso natural de los días. No debe extrañarnos pues, que su influencia, por el hogar, sea tan efectiva, y el alma individualidad moral, se abre ansiosa á cuanto nos parece noble y grande, heroico y consolador.

Del hogar, hemos dicho muchas veces, que es la mujer sacerdote auguro, dispuesto á oír de continuo ante el altar del amor; el libro y el periódico que en el hogar penetran, se escuchan por lo tanto desde los primeros momentos, con la benevolencia femenina. Es lógico que así suceda, porque el hombre, ocupado en sus negocios, absorbido ó poco menos por los agramamientos que trae consigo la eterna batalla de la vida, por igual arrolladora en todas las clases sociales, deja á la mujer reinar en el santuario donde el afecto fa-

militar encuentra grato refugio; á la mujer pues nos dirigimos, al discurrir sobre el influjo que ejercen en el hogar las lecturas modernas.

El libro es el arma poderosa que engulle la inteligencia para avasallar, sus páginas pueden envolver en vivísima luz las almas, y también justo es decirlo, en densas tinieblas; que no siempre el pensamiento humano en su incesante vagar, sabe ser intérprete de nobles ideales. Como á luz, el pensamiento reverbera en todas partes, en abismos y en alturas, á imitación de la mariposa gusta la curiosidad de libar todas las flores; por eso á veces de la lectura sacamos balsámico consolador, y en ocasiones activo y sutil veneno, al cual no nos cuidamos de buscar antidoto, por que de momento nos pasamos desapercibidos sus funestos efectos. ¿Será necesario, queridas lectoras mías, para sostener la planteada tesis, que ahondemos en el resultado de los tristes frutos ofrecidos por una parte de la lectura moderna? No porque mil veces hemos contribuido á automatizarlos y sería contraproducente toda explicación, ya que entendamos que lo malo importa olvidarlo; así se esteriliza mejor que haciéndolo objeto de acaloradas controversias.

Por fortuna la mujer, dotada de un instinto maravillosamente delicado, se aparta por impulso natural, como el armilario del lod, de cuanto no responde á sus tiernos ideales; de manera que el espolio de las malas lecturas no radica precisamente en las que ofreciéndose con toda su asquerosa desnudez inspiran resaca repugnante desde los primeros momentos, sino en aquellas otras, que esconden el germen de perturbadoras y malsanas ideas. Debemos considerar al periódico y al libro á modo de amigos cariñosos, encargados de llenar los ocios de la vida con un raudal de luminosas ideas y prudentes consejos; ellos presan grato solaz á la inteligencia, perfilan nuestra cultura y nos familiarizan además con todos los acontecimientos grandes y pequeños que se suceden en el mundo.

Tatar de aislar á la mujer del calor de la vida moderna, siendo así que en este medio ambiente vive, sería absurdo, por que todos nos debemos á la edad presente y al edificio del progreso general, á tanta costa levantado; cada ser

se halla en la precisión de adicionar su piedrecilla para que contribuya á la solidez de la base.

No en balde abogamos siempre por la ilustración de la mujer, bien convencidos de que cultivada en debida forma la inteligencia femenina, los frutos redundarán en beneficio del hogar, y uno de los más apreciables será el de saber elegir con discreción las lecturas que á la familia convienen, negando la entrada en la casa á aquellas publicaciones perturbadoras, que escuchadas en un falso progreso, tienden á demoler dos cosas: el amor á la virtud, y los vínculos hermosos que convierten á las familias en modelo de paz y bienestar y que ampliados después, constituyen las grandes sociedades y los pueblos virtuosos.

El hombre, al acentuar su acción activa en la sociedad donde evoluciona, ya cuidará de discernir hacia qué punto de atracción debe encaminar sus ideas; después de todo, la esfera es amplia para él, y las leyes harto benignas, no le piden por cierto estrecha cuenta de sus acciones. La mujer es distinto, desde el hogar, permaneciendo un tanto alejada de las grandes batallas de la vida y agitando únicamente en una placida atmósfera de amor, tiene á su cargo la dulce pero difícil misión también de dirigir en detalle el hogar. Si entregándose á lecturas que podremos llamar avanzadas se engolfa en falsas teorías, en conceptos de libertad mal entendida, de progreso peor considerado, y en filosofías que no tienen por objeto exclusivo llevar la calma al corazón, con el íntimo convencimiento de que el mundo es un hervidero de todo género, que le imponen el mundo y las leyes.

Se sentiría descontenta de su suerte, contrariada en la estrecha esfera donde se agita y hasta el amor en sus vivísimas irradiaciones no logrará desvanecer las lobreguezes de su alma. Si por el contrario, la sana é instructiva lectura penetra en su ser moral, abriendo vastos horizontes, tanto á su inteligencia como á su bondad, ese dulce estado moral esparcerá á su alrededor placida luz, atmósfera envidiable de bienestar, amará sus deberes que le parecerán me-

nos abrumadores, al verlos tan ennoblecidos, y la civilización y la cultura pondrán de manifiesto para su alma un nuevo cielo de encantadoras perspectivas.

Lo mismo para la hija que para la esposa y la madre, la sana lectura es uno de los mayores bienes que se pueden procurar á la mujer, puesto que no basta, no, pedir á la lectura esparcimiento: es preciso que del solaz surja la utilidad.

La naturaleza es tan bella por sus flores, como por sus frutos, así también el libro, graciosamente engalanado por los dones del ingenio, importa que sepamos hallar siquiera se encuentre muy oculta, la labor fecunda del pensamiento, fruto de las humanas vigilias y meditaciones.

Al veneno que destilaba la pluma, cuando de ella se sirve una inteligencia pervertida, es difícil hallar antidoto, como no sea poseyendo el maravilloso golpe de vista que sabe elegir, y separar lo bueno de lo malo, la oízaña del trigo; y si la mujer no alerta en la elección para sí, difícilmente sabrá escoger las lecturas que convienen á sus hijos durante esa primera edad de la vida en que la existencia es un libro en blanco, abierto á todas las ideas y aspiraciones. Busquemos pues, queridas lectoras mías, para grato solaz del hogar, entre los periódicos, aquellas lecturas que siembran de cariñosos consejos las horas y de saludables advertencias los días; elijamos las que tratan de las grandes virtudes humanas, no de los grandes vicios, prefiriendo siempre, en una palabra, cuantos tienden á propalar una filosofía amable, placida, consoladora.

Quiera usted que se alejara constantemente de cualquier lectura que tienda al análisis descarnado y frío de algunas plagas morales, cuya cacterización difícil ha de ser además de repugnante, dolorosa. Quédese para el hombre el escalpo del frío análisis, es decir, la filosofía árida y esoneta; á nosotras en todo caso nos está reservada la aplicación del bálsamo consolador de la herida, ó lo que es lo mismo, la dulce sonrisa, eternamente suspendida en los labios, el amor que todo lo poetiza y hermosa, centelleando en la mirada. Si seducidos por las falsas teorías de un progreso impracti-

tradas de M. Mauperin, fueron para la cuna de la recién nacida, á quien llamó Renata, por el nombre loronés de la madre. Pasábase los días enteros con la niña, jugueteando de mil modos; á cada instante le quitaba la gorra para ver sus sedosos cabellos; le indicaba gestos que eran su encanto; le enseñaba á pellizcarse las piernecitas, para que se viera lo gorda que estaba; se tendía á su lado sobre la alfombra, donde ella rodaba medio encuceros, con la hermosa inocencia de los niños; por las noches se levantaba del lecho para mirar dormir á la niña, y pasaban horas enteras oyendo aquel primer soplo de vida, semejante á la respiración de una flor. Cuando la niña se despertaba, el padre recogía su primera sonrisa, esa sonrisa de todas las niñas que salen de la noche como de un paraíso. Su felicidad se fundía en mil delicias, y le parecía amar á un angelito.

¡Qué de encanto había sentido con ella en Morimond! La paseaba alrededor de la casa en un carrito, y á cada paso se paraba para verla gritar y reír, con las mejillas bañadas por el sol y el pié rosado, ligero y retorcido. Otras veces la llevaba en brazos en sus paseos, llegando con ella hasta la aldea, y haciéndola «tirar besos» á las gentes que la saludaban, ó entraba en casa de un labrador para hacerle ver los diestecillos que acababan de brotar á la ni-

ña. Muchas veces ésta se dormía en sus brazos, como en los de una nodriza. Otras, el padre la llevaba al bosque, y allí, bajo los árboles, llenos de jilgueros y ruiseñores, en las horas del crepúsculo vespertino, en que tantos rumores surgen por los caminos, sentía inefable deleite oyendo á su niña, que parecía penetrarse del ruido que la circundaba, buscar sonidos, murmurar, tartamudear, cual si respondiese á los pájaros y hablase al cielo que cantaba.

Mad. Mauperin no había acogido con iguales extremos á su última hija. Buena esposa y buena madre, se hallaba no obstante devorada por ese orgullo propio de las provincias, el orgullo del dinero. Habíase arreglado para dos hijos, y el tercero destruí sus cálculos de fortuna, especialmente en la parte del primogénito. La división de las tierras ricas, el reparto de los bienes acumulados y por ende su futuro descenso de posición social, una disminución de la familia en el porvenir; he aquí lo que la pequeña niña representaba para su madre.

M. Mauperin no tuvo tranquilidad desde entonces: la madre de familia atacaba á ceasantemente al hombre político, recordando al padre que se debía al bienestar de sus hijos. Trataba de arrancarle á sus

la vista á Mad. Mauperin, pasando por delante de ella, y marchó derechamente al grupo de que formaba parte Denoisel. Dicho recién llegado vestía de negro, gastaba patillas blancas y llevaba bajo el brazo una cartera.

—¿Conoces esto?—preguntó á Denoisel llevándolo al hueco de una ventana y entreabriendo la cartera.

—¡Si no conozco otra cosa!... Es «El Columpio misterioso»... grabado por dibujo de Lavreince...

El caballero de las patillas sonrió

—Sí, pero fíjate.

Y abrió algo más la cartera, aunque siempre sin dejar que Denoisel pudiera meter algo más que la nariz.

—Antes de la letra... ¿ves? Antes de la letra.

—¡Perfectamente!

—¡Y qué márgenes!... ¡Una alhaja!... Pero no me la han regalado esos bandidos. Me ha sido pujada... y por una mujer...

—¡Bah!

—Una cocotte... que ofrecía siempre más que yo... El comisionado de la subasta no hacía más que repetir: «¡Padre á la señora!»... En fin, que llegó á 125 francos... y no hubiera dado un sueldo más.